

# Alguien que Brilla por su Ausencia

\* \* \*

232  
29-11-56

PARIS (28 nov.) — Cuando el famoso arquitecto Le Corbusier en su discurso de agradecimiento a la Academia Real de Arquitectura de Londres, que le concedió una excepcional medalla de oro, dijo que se consideraba un fracasado, no hizo gala de una ejemplar modestia. Es cierto que su nombre ha alcanzado la fama y es cierto, también, que la arquitectura de hoy no se entiende si no se alude a su pensamiento y a su escasa pero valiosa obra. Sin embargo, París es la prueba incontestable de que aquella confesión fue sincera. En 1925, en el Salón de Artes Decorativas, el plan elaborado por Le Corbusier para transformar la estructura urbana de la ciudad era poco menos que una locura. Hoy, cualquiera que se desplace aquí en un vehículo automotor, comprueba que en ese proyecto vibraba una intuición genial. A pesar de esto, Le Corbusier no tiene lugar como artista o técnico en la gran urbe del Sena.

De él puede decirse que brilla, pero por su ausencia. Hace más de veinticinco años, el notable arquitecto afirmaba: "Una nueva vitalidad ha agarrado a la biología humana. Remplazo de nuestras piernas (movimiento alternativo) por la rueda (movimiento continuo)...". De esta idea inicial arribó hasta una conclusión revolucionaria: "Hay que buscar algo que sustituya a las calles" ¿Qué podía ser ese algo?. Inmensos rascacielos separados por parques. Una ciudad hacia el firmamento, tres o cuatro veces más densa que el París de hoy, cuyos edificios, en cambio, sólo cubrirían el diez por ciento de la superficie actual. Un panal, en fin, pleno de luz, aire y verdor. Ese París no ha llegado, y parece, además, que no llegará todavía en mucho tiempo.

Porque contra esa ciudad para automóviles hay una fuerza que defiende, a toda costa, la tradición y el pintoresquismo. Las calles tortuosas, los edificios de poética vejez, las vías de adoquines, las placitas arrinconadas, la villa plena de encanto plástico, son el tesoro de los románticos parisienses y de los más románticos aun turistas. ¿Perderemos todo eso?, se preguntaron y se preguntan los enemigos del urbanismo moderno. Le Corbusier les ha contestado siempre: "Pensad en la tuberculosis de los mal alojados". La apelación no ha sido escuchada, y París sigue siendo París. Un París donde Le Corbusier sólo ha realizado un edificio, aquel donde él mismo habita, situado en las afueras de la ciudad que más ama.

El problema no es sólo de París. El cronista piensa en Lima y recuerda sus luchas y las de tantos de sus colegas de la prensa —¿no es cierto, Manuel Solari?— y la arquitectura contra la avalancha modernizante. Claro que los limeños tenemos una amenaza que aquí no se concibe: el "pastiche" neo-colonial. No obstante, entre nosotros hay una solución intermedia, precisamente la que el Plan Piloto del Cuzco— infortunadamente irrespetado por las autoridades— precisaba en su proyecto. Reservar un núcleo histórico intangible y dejar todo el resto, es decir el área enorme que queda por poblar, a la creación de una ciudad moderna, con jardines y espacios saludables.

"Soy un fracasado. Toda mi vida ha sido un fracaso" declaró hace algunos años Le Corbusier. Empero, hasta su taller llegan cientos de jóvenes estudiantes en busca de enseñanza y consejo. Ahí, en el número 35 de la Rue de Sevres, ejerce él su tiránico mando, formando en sus teorías y en sus afirmaciones a los arquitectos del futuro, que provienen de una y otra latitudes. La "Ciudad Radiante" de sus sueños no está próxima, a lo que parece, pero él la sigue creando en su mesa de trabajo. Todos los que queremos una vida mejor para el hombre alentamos un sueño semejante, pero tal vez la consecución real de ese sueño tenga el duro precio de barrer para siempre con las quincallas, los cuchitriles, las cuevas malditas, donde el hambre, la enfermedad y la muerte hacen abreviar sus apocalípticos corceles.

*Sebastián Salazar Bondy*